

LOS DOS VAN HALEN

(Las glorias de un transfuguismo)

José CERVERA PERY
Director de la Revista de Historia Naval

Pocas figuras castrenses —aun habiendo tanta abundancia de ellas a lo largo del tumultuoso siglo XIX— tienen una hoja de servicios tan dilatada y meritoria como la de los dos hermanos Van Halen y Sarti (don Juan y don Antonio), el primero de ellos mariscal de campo del Ejército español y teniente general del Ejército belga, y el segundo, teniente general del Ejército español y conde de Peracamps, aunque ambos iniciaran su carrera de armas como marinos de guerra, sentando plaza de guardiamarinas en los años 1803 y 1804 respectivamente. Son, por tanto, dos vidas ciertamente paralelas en hechos y actitudes, y tanto a uno como a otro les alcanzaron, por sus notables hechos de armas, las glorias de un transfuguismo (por otra parte propio del siglo XIX) que convertía a marinos en militares de tierra y viceversa, en razón de determinados acontecimientos o circunstancias históricas.

Hijos del matrimonio del teniente de fragata de la Real Armada don Antonio van Halen y de la cartagenera doña Francisca Santi, los dos nacieron en la Real Isla de León, cuna de tantos y tan preclaros marinos, aunque el apellido flamenco de su progenitor indicara la procedencia de Werther (Holanda), si bien afincado en España y entroncado con apellidos nacionales de acusada raigambre como los Murphy, Sarti o Castañeda.

Don Antonio van Halen, padre, que alcanzó el grado de capitán de fragata, había ingresado en la Real Armada sin dificultad, lo que significa que probó su hidalguía y buen origen. No se contabilizan en su expediente personal relevantes hechos de armas como los que lograrán sus hijos —si bien como oficial de Marina de la mitad del siglo XVIII, realizara frecuentes navegaciones por América y Filipinas y tomara parte en destacadas operaciones navales—, aunque sí dejó bien sembrada la semilla vocacional en sus dos hijos cuya madre, doña Francisca Sarti, también era hija de un marino de origen italiano.

Los comienzos navales

Tanto Juan como Antonio van Halen Sarti sentaron plaza en la Real Compañía de Guardiamarinas, con apenas un año de diferencia; Juan, a los catorce años, con dispensa de edad, y Antonio algo mayor, pero ambos cursaron brillantemente sus estudios con dotes especiales para las matemáticas. Juan embarca, todavía como guardiamarina, en la fragata *Anfirite*, bajo el mando de don José Varela Ulloa, que le tomó gran afecto durante la larga navegación de La Habana a Veracruz llevando caudales. A Antonio lo encontramos de alférez de fragata en las fuerzas sutiles que defienden los caños gaditanos de las huestes napoleónicas, y así embarca en los cañoneros de la

defensa naval del apostadero de la Aguada, o en tierra desde la posición isleña de punta Cantera como lugar más estratégico de la vanguardia ofensiva contra las baterías francesas. Juan, entretanto, como alférez de navío, en unión de otro compañero, el alférez de fragata José Hezeta, se ha presentado en el Parque de Artillería madrileño el famoso 2 de mayo de 1808 incluso antes que Daoiz, organizando el reparto de armas para luchar contra las tropas francesas, siendo herido en un hombro. Todavía los estamos contemplando juntos, bajo el común denominador del botón de ancla, al que tanto honraron, pero se impone en aras de una mayor clarificación de sus hazañas afrontarlos separadamente, aunque el destino volverá incidentalmente a reunirlos, cuando ambos han conocido ya las glorias del transfuguismo y militan en los escalafones de los ejércitos reales.

Juan van Halen: un marino excelente

Mientras estuvo enrolado en las filas de la Real Armada, es evidente que Juan van Halen se comportó como un excelente marino en todas sus facetas. Desempeñó diferentes destinos en los buques del Rey, desde el navío *América* —uno de los mejores y más potentes de la época— a la fragata *Magdalena*, de donde pasaría a la división de lanchas mandada por don Francisco Manjón. Un año más tarde vuelve a la *Magdalena*, integrada en la escuadra de Graviña, y se hace a la mar con varias unidades francesas para llevar a cabo unas acciones contra los ingleses en las Antillas. Volvieron a la Península trasladando heridos y enfermos y Van Halen, ascendido a alférez de fragata, pasó al navío *Príncipe*.

Resultaría prolijo dar cuenta detallada de todos los destinos en que sirvió y las características de los mismos, así como su actuación en la lucha contra corsarios británicos en el Mediterráneo, pero en todo momento fue un excelente oficial, según se desprende de los informes emitidos por sus jefes. Era, sencillamente, un buen marino y un técnico competente en materias relacionadas con los barcos, lo que se confirmó en junio de 1807 al ser destinado a Madrid a las órdenes del ingeniero general de Marina cuando tenía sólo diecinueve años y un bien cimentado prestigio profesional.

Después de su heroica actuación el 2 de mayo, y perseguido por los franceses, logró ocultarse, y posteriormente huyó de la capital en un viaje tan largo como accidentado que tuvo por término Ferrol, donde ya se encontraban los contingentes ingleses, a los que se ofreció como oficial.

Tras de participar bajo las órdenes del general Blake en la batalla de Riosoco, recibió el mando del cañonero *Estrago*, con el que hostilizó a los franceses incluso cuando los jefes de éstos y los españoles estaban parlamentando, lo que enfureció notablemente al mariscal Soult, que pretendió fusilar a Van Halen; pero al tenerlo en su presencia y ver que era un muchacho de veinte años le perdonó la vida. Con la capitulación, los españoles se vieron obligados a prestar un juramento de fidelidad al rey intruso, y se produce entonces un cambio espectacular en Van Halen, que marcha a la Corte para ponerse a las órdenes del rey José.



Retrato de Juan van Halen y Sarti (1788-1864), con uniforme grande de mariscal de campo español, que se conserva en el Museo Naval de Madrid. (Óleo sobre lienzo, 84 x 63 cm, de autor anónimo, signatura 670)

Al servicio del rey intruso

El marino isleño fue designado oficial ayudante de la Guardia Real, lo que le permitió atender a su padre que, enfermo y achacoso, estaba adscrito a las órdenes de don José Mazarredo en la Secretaría de Marina. Comienza un período muy curioso en la vida de Van Halen, que de haber lanzado a los madrileños contra los odiados invasores, quedaba convertido ahora en un militar cuyo cometido principal consistía en garantizar la seguridad personal del monarca impuesto por Napoleón. Una verdadera paradoja, aunque todo hace suponer que, imbuido de las doctrinas ilustradas, obraba de buena fe, creyendo en la necesidad de un cambio en los asuntos patrios tras el desastroso reinado de Carlos IV.

Por tres veces viajó a Francia escoltando a su nuevo señor, una de ellas con motivo del bautizo del llamado rey de Roma, pero dado su carácter fogoso y su extremada juventud tuvo continuos tropiezos con los militares franceses. Sin embargo, al terminar la ocupación de España creyó su deber seguir a José Bonaparte a su retiro y mostrarle su lealtad, pero éste, incomprensiblemente, lo despidió con cajas destempladas ordenando a sus criados que no le permitieran la entrada nunca más.

Por todo ello decidió volver a España, donde se había decretado una amnistía para cuantos militares y funcionarios habían servido a Bonaparte, y se acogió a ella. No obstante, penetró por Cataluña como si todavía permaneciera en las filas francesas, con la intención de presentarse al mariscal Suchet en su cuartel general de Barcelona. Provisto de la clave de la correspondencia y vistiendo el uniforme francés, logró engañar a los jefes de las guarniciones de Lérida, Mequinenza y Monzón, haciéndoles ver que el mariscal ordenaba la retirada.

La hazaña valió a Van Halen el reconocimiento de las Cortes y su reincorporación al Ejército como capitán de Caballería, lo que no deja de ser sorprendente dado su origen como oficial de la Armada, pero casos como el suyo van a ser frecuentes en la necesaria reorganización militar tras la guerra napoleónica. En tal contingencia le tocó acudir a la frontera pirenaica para recibir a Fernando VII y darle escolta hasta Madrid, participando del júbilo con que era acogido en todas partes el «Deseado», que pronto habría de mostrar su verdadero rostro.

Una agitada trayectoria

Apasionado por la vida política, desde el primer momento Van Halen se alista con los opositores del régimen absoluto e ingresa en la masonería como el modo más eficaz de conspirar contra el rey tirano. Los tribunales militares tomaron cartas en el asunto y fue encarcelado cuando se encontraba en Jaén, enviándosele preso al castillo de Marbella y siendo condenado a muerte sin juicio previo. Lo salvó de la muerte el capitán general de Granada, que le dejó incluso en libertad bajo palabra, sometiendo su caso a la rectificación Real,

que dejó sin efecto los cargos e incluso le concedió el ascenso a teniente coronel de Caballería en mérito a sus pasados servicios. Pero Van Halen siguió conspirando y fundando nuevas logias masónicas, por lo que, otra vez detenido, quedó a disposición del Santo Oficio. Eran palabras mayores. Después de largos interrogatorios y de vanos intentos de que denuncie a sus compañeros de logia y conspiración, logra, en medio de un ambiente rocambolesco, escapar de la cárcel refugiándose en casa de unos amigos, en precario estado de salud, para una vez repuesto viajar a Francia con la ayuda de sus compañeros masones y llegar a Inglaterra tras no pocas peripecias. Pero el antiguo marino no parecía dispuesto a mantenerse en paz mucho tiempo, y a través de un antiguo diputado liberal de las Cortes de Cádiz exiliado en Londres, don Juan Antonio Yandiola, consiguió entrar en relación con el encargado de negocios de Rusia en la capital británica, Demetrio Bludof, quien le facilitó pasaporte y carta de recomendación para trasladarse a San Petersburgo. Una nueva etapa de aventura se abre así en la vida del inquieto militar español.

La Campaña de Rusia

A comienzos de noviembre de 1818 Van Halen, restablecidas al completo sus fuerzas, desembarca en Hamburgo y se dirige a su meta sin conocer más idiomas que el suyo propio y el francés. Tras numerosas gestiones con los personajes destinatarios de las cartas suscritas por el diplomático Bludof, consiguió que el emperador Alejandro, impresionado por su porte y su talante, lo admitiera como coronel de sus ejércitos. Y de San Petersburgo y Moscú marchó a Georgia, donde vivió etapas muy curiosas que se encargaría de relatar después en sus «Memorias» con muchos detalles interesantes.

A lo largo de los últimos meses de 1819 y primeros de 1820 participó en encuentros armados contra grupos de rebeldes que, en ocasiones, formaban verdaderos ejércitos, distinguiéndose Van Halen como el jefe aguerrido y valiente que era, lo que le valió la felicitación del comandante de su división, el general Yermolov. Éste, por otra parte, le informó de los cambios que se estaban produciendo en España tras el alzamiento del general Riego, ya que Fernando VII, además de suprimir la Inquisición, había otorgado el perdón a la mayor parte de los militares que se encontraban en el destierro. A mayor abundamiento, recibió una carta de su padre dándole cuenta de que podía regresar a España sin miedo. Pero al solicitar la baja en el Ejército ruso se llevó la sorpresa de que el Emperador, que tan satisfecho estaba de sus servicios, se negaba a otorgársela. Nuevamente la vida le colocaba en la tesitura de escapar y así lo hizo, atravesando Baviera, Suiza y Francia, con la ayuda, ¡cómo no!, de sus amigos masones y con el beneplácito de su general Yermolov, quien le proporcionó una laudatoria certificación en la que reconocía y alababa sus extraordinarios méritos de guerra.



Juan Van Halen

Retrato y firma de Juan van Halen que figuran en la biografía del mismo que escribió Pío Baroja. (Dibujo de Maurin para sus «Memorias». París, 1827)

Nueva etapa española

A primeros de marzo de 1821 llegaba Van Halen a Madrid con treinta y tres años recién cumplidos y pletórico de entusiasmos; pero como el ministro de la Guerra, general Balanzat, no viera con buenos ojos su reincorporación a la carrera militar, marchó a La Coruña para ponerse a las órdenes del general Quiroga, antiguo amigo suyo que formaba parte del Estado Mayor del general Mina. Vuelto a Madrid, obtuvo el ingreso como teniente coronel y fue destinado al Regimiento de la «Constitución», que operaba en Cataluña contra las partidas realistas absolutistas.

En esta nueva etapa española otra vez se pone de manifiesto el temple y valor del antiguo marino. Herido de gravedad en una pierna, se mantuvo en su puesto y logró derrotar a sus enemigos, lo que le valió la concesión de la Cruz laureada de San Fernando. Pero la expedición del duque de Angulema, conocida históricamente con el nombre de los Cien Mil Hijos de San Luis, la ejecución del general Riego y la reacción popular a favor de Fernando VII, que recobró sus poderes absolutos, produjeron el desplome de las fuerzas liberales y, en su consecuencia, Van Halen toma de nuevo el camino del exilio.

Comienza entonces un nuevo destierro que comparte con su mujer, María del Carmen Quiroga, hermana del general alzado con Riego en las Cabezas de San Juan, y es marino mercante en Cuba, profesor de español en Filadelfia y cronista de sus propias memorias en Francia. Pero de nuevo la estrella bélica brilla sobre su cabeza. En septiembre de 1830 surgiría el chispazo de la rebelión de los belgas contra el rey Guillermo de Holanda, del que habría de surgir inevitablemente la libertad de su patria. Van Halen, que se encontraba en Bélgica, donde al parecer tenía intereses económicos heredados de su abuelo, no duda en poner su espada al servicio de esta nueva causa, sobre todo después de su renuncia a volver a España —en pleno absolutismo fernandino— tras recibir una carta del general Mina advirtiéndole del peligro que corría a su regreso.

Héroe nacional belga

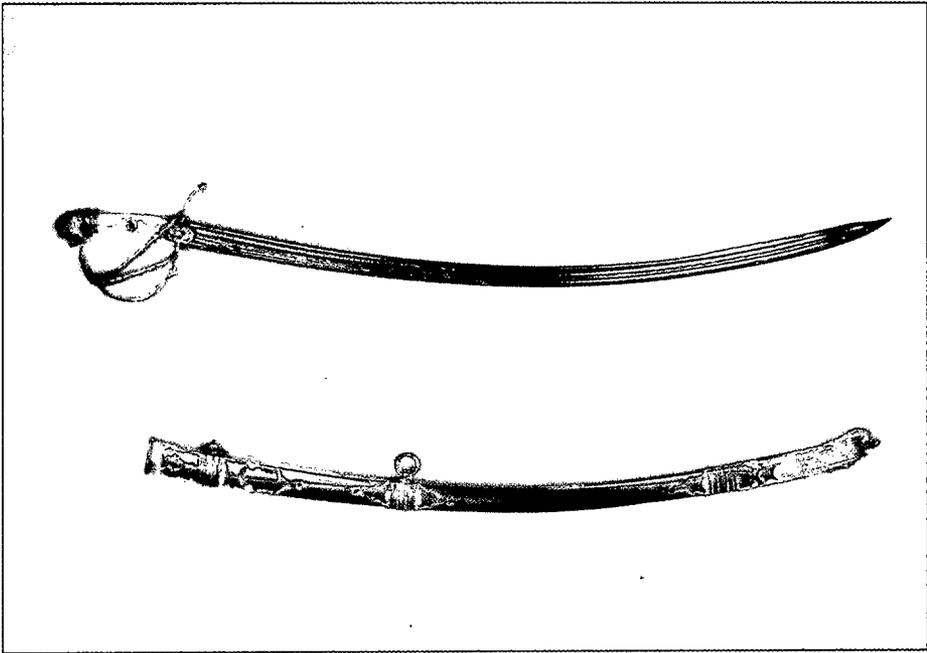
Cuando Juan van Halen supo que los holandeses se aprestaban a tomar por las armas la ciudad de Bruselas y que el Ayuntamiento no contaba con un mínimo de organización militar, se ofreció como soldado experimentado al alcalde, barón de Hooghvorts, quien le concedió el cargo de comandante en jefe de la defensa, comenzando a tomar disposiciones contra un enemigo que contaba con poderosos medios, sobre todo de artillería, y pese a mandar voluntarios inexpertos, la mayoría de los cuales jamás había empuñado un arma, organizó la defensa de manera admirable, sorprendiendo a los holandeses con varias iniciativas que no podían esperarse de tan menguadas tropas. Los holandeses se vieron obligados a levantar el cerco y se retiraron, por lo que los asediados pasaron a la ofensiva, siempre bajo la dirección de



Retrato de Fernando VII, realizado entre 1815 y 1820. (Óleo sobre lienzo, 107 x 83 cm, obra de Carlos Blanco. Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Medicina, n.º de invt.º 841)

Van Halen, que ya para entonces había sido designado jefe supremo del improvisado ejército, al frente del cual logró la liberación de todo el territorio belga.

Restablecida la paz y alcanzada la independencia, el español fue colmado de honores y recibió un sable de honor del príncipe Leopoldo; pero sus inquietudes despiertan desconfianza y, temerosos de su popularidad militar y política, son los propios belgas quienes lo alejan al proclamarse como rey Leopoldo I. Se le reservaba y reconocía su empleo de teniente general, su condición de súbdito belga y una pensión de diez mil francos anuales. Su busto figura también en el monumento a los héroes de la independencia situado en la Gran Plaza de Bruselas.



Sable de parada holandés que perteneció a Federico Guillermo de Orange (1797-1881), príncipe de los Países Bajos. Fue entregado por el Gobierno provisional de Bélgica al general español Juan van Halen y Sarti, y donado por éste al Museo Naval de Madrid hacia 1854.

Andanzas y contrandanzas españolas

La actividad de Van Halen no conoce descanso. Ya mandan los liberales en España y el ministro Álvarez de Mendizábal le pone a reclutar un batallón de voluntarios para luchar en Portugal a favor de don Pedro de Braganza, empresa que tiene un final feliz; pero ahora el general Fernández de Córdova lo reclama para la lucha contra los carlistas, y con el grado de coronel de Caballería toma parte en la batalla de Peracamps junto a su hermano Antonio, más joven que él pero de mayor categoría militar. La jornada de Peracamps habrá de concederles una segunda fraternidad en las armas.

Permanece en servicio activo hasta 1844, más bien en situación de «cuartel», pues el gobierno conservador no acababa de fiarse de él. Hace turismo por Alemania, y cuando se entera de la revolución de 1854 en España, se ofrece al general Espartero. Pero O'Donnell, aunque le otorga permiso para residir en su tierra natal, lo mantiene alejado de cualquier destino activo, y así pasa varios años entre Chiclana, San Fernando y Cádiz, siempre bajo discreta vigilancia policial a pesar de que ya era mariscal de campo, gentilhombre de cámara de S. M. y Gran Cruz de Carlos III. Después compró una lujosa finca en el Puerto de Santa María y pareció quedar tranquilo.

En 1859 enviudó, por lo que contrajo segundo matrimonio con una gaditana, doña Clotilde Butler. Disfrutaba entonces de una pensión española y otra belga, además de buenas rentas de sus posesiones, y según todos los testimonios de la época era hombre rumboso, viajaba con gran despliegue y gustaba de la buena mesa y de la buena bodega. El panteón que se hizo labrar en el cementerio portuense hubo de representar en su día un elevado importe.

Por fin, el viejo león —al que había afligido mucho el fallecimiento de su hijo, también marino— entregó su alma al Señor el 8 de noviembre de 1864 a los setenta y seis años de edad, cuando se encontraba en Cádiz atendiendo a su curación. El cadáver, obedeciendo disposición testamentaria, fue trasladado al camposanto portuense, y todos los periódicos gaditanos y varios de la Corte dieron noticia del óbito y recordaron sus hazañas. El héroe de cuatro naciones prevalece así como semilla de una gran siembra española, muy ajustada temperamentalmente a su querida España, como él exaltada, generosa y hondamente divorciada de la paz y la tranquilidad.

Antonio van Halen: un militar brillante

A don Antonio van Halen lo hemos dejado de alférez de navío en 1815, después de constatar sus valiosos servicios a bordo de los faluchos armados que, dueños de los caños gaditanos, hostilizaban y batían a fuerzas francesas superiores. La guerra terminó y la trayectoria del segundo Van Halen lo llevará a campos de acción muy distintos de los de su hermano. Enrolado ya en el Ejército, en el regimiento de Infantería del Rey, con el empleo de teniente, participa como ayudante del general Pascual Enrile en el sitio de Cartagena de Indias durante las campañas de la emancipación americana. Hombre de confianza también de Pablo Morillo, desempeña misiones tanto militares como culturales, e incluso diplomáticas. Una de ellas, de extremada delicadeza y responsabilidad, consistió en traer a España toda la flora coleccionada y clasificada por el científico y botánico gaditano José Celestino Mutis. Y el general Morillo, que había podido rescatarla en unión de otros objetos de gran valor, encontró en Antonio van Halen, por su doble experiencia de militar de mar y tierra, el vehículo adecuado para su cuidado en una complicada navegación. La comisión resultó un completo éxito, y vuelto a América, el tino y tacto en sus negociaciones con Bolívar le otorgaron el ascenso a teniente coronel.



Don Antonio van Halen, teniente general, conde de Peracamps. (Óleo sobre lienzo, 126 x 92,5 cm, siglo XIX, autor anónimo. Museo Naval de Madrid, sig. 4173)

El cerrojazo final de Ayacucho devuelve a España a los protagonistas de las luchas hispanoamericanas, y Antonio van Halen cobra una vez más notoriedad al desencadernarse la primera contienda entre carlistas y cristinos, y del lado de estos últimos, en defensa de la Reina Gobernadora, se le destina a uno de los teatros más importantes de la guerra en el sector de Cataluña. Había estado sin prestar servicios militares durante algún tiempo, pero entre 1833 y 1835, en una campaña justamente valorada, alcanzó el empleo de coronel en este último año y el de brigadier dos años después (1837).

Su carrera y sus lauros militares continúan rápidos. La batalla de Barbasastro le supone el ascenso a mariscal de campo y el mando de la 4.^a División del Ejército de Operaciones del Norte, para, por último, pasar a la Jefatura del Estado Mayor General, puesto donde evidenció sus sentimientos humanitarios, en una guerra feroz y despiadada en la que ni unos ni otros solían dar cuartel. Pero Van Halen, de acuerdo con el general carlista Cabrera, firman el Convenio de Lezera, de aplicación en los Reinos de Aragón, Valencia y Murcia. La firma del conde de Morella quedó estampada el 1 de abril de 1839; la de Van Halen el 3 del mismo mes, y dos días más tarde surtía el efecto deseado: los beligerantes quedaban obligados a respetar las vidas de los que quedasen al margen momentáneo de la lucha; los prisioneros debían ser asistidos y tratados convenientemente y confinados en depósitos de retaguardia, y tanto los heridos como los enfermos habrían de ser devueltos. Nos encontramos, nada más y nada menos, con un precedente de la Cruz Roja Internacional, fundada años después.

En 1840 el segundo Van Halen era capitán general de Cataluña, pero participa en primera línea de campaña y obtiene un señalado triunfo en las jornadas de Peracamps, durante las que fue herido y transportado a Barcelona, donde esperaría por poco tiempo la concesión del título nobiliario de este nombre. En Peracamps, como se ha dicho, se encontrarían los dos hermanos, el mayor a las órdenes del menor, en una de las escasas confluencias históricas en las que coincidieron desde su casi simultáneo ingreso en la Real Compañía de Guardiamarinas gaditana.

La probada lealtad de Antonio van Halen hacia el general Espartero le valió, a la caída de éste como Regente, correr su misma suerte, y juntos tomaron camino del exilio a bordo del vapor *Malabar*; y así acabaría no su vida militar, pues sería rehabilitado en el año 1847 sino sus actividades castrenses de campaña, en las que demostró brillantes aptitudes. Sus últimos años, de cuartel o con el destino en el Supremo, no oscurecieron su brillante trayectoria de «militar cumplido y hombre de bien» con dos laureadas sencillas de San Fernando y la Gran Cruz Laureada, más la Gran Cruz de Carlos III y la de San Hermenegildo. Quizá debió lucir también en su pecho la naval, como recuerdo y testimonio de aquellos primeros y difíciles destinos a bordo de frágiles cañoneros o débiles faluchos, imberbe aún, pero bien curtidos ánimos y esfuerzos para el rechace del invasor, en el más hermoso de los servicios a la patria.

Las glorias de un transfuguismo

Aunque el término sea ciertamente peyorativo, sobre todo en su aplicación a una actitud política, me he permitido «dignificarlo» a través de estas líneas en la conducta y trayectoria de dos hermanos que, escogidos en principio para las glorias de la mar, supieron lograrlas y alcanzarlas en los paneles de la tierra. Y es que, valientes y patriotas, no dejaron en sus cambios de filas la ingrata huella de la desertión, sino el noble impulso de una mejor entrega.